

La Iglesia en la encrucijada y la estrategia del Papa Francisco

La Iglesia católica arrastra una crisis múltiple que se ha profundizado en los últimos años: escasez de vocaciones sacerdotales y pérdida masiva de feligreses, escándalos sexuales y financieros y, finalmente, la inusitada abdicación de Benedicto XVI, un Papa que reinaba pero no gobernaba, rebasado por las revelaciones comprometedoras y las luchas de poder que han deteriorado de manera notoria la imagen y el patrimonio moral de la Santa Sede en el plano mundial.

Conscientes de la profundidad de la crisis y decididos a restar poder a la Curia vaticana (en realidad, un feudo italiano desde hace siglos), la alianza de los cardenales alemanes, franceses y estadounidenses impuso la elección de Jorge Mario Bergoglio, argentino y jesuita, para sorpresa generalizada y ruptura de la tradición eurocéntrica sobre los candidatos continuistas que prefería la Curia romana.

Un Papa llegado de la periferia latinoamericana confirmó de forma drástica la ruptura de la tradición italo-céntrica que predominó de 1523 a 1978, fecha en que fue elegido el cardenal polaco Karol Wojtyła, que tomó el nombre de Juan Pablo II.¹

El largo pontificado de este Papa mostró una clara orientación restauracionista, expresada mediante un eficaz discurso de populismo mediático, que transmitió la percepción engañosa de una Iglesia triunfante y a la ofensiva, cuando no revirtió la caída de las vocaciones sacerdotales ni la erosión de la feligresía que emigraba a otras identificaciones religiosas. Tampoco atendió a las ya numerosas denuncias de pederastia clerical al proteger a Marcial Maciel, el perverso fundador de los Legionarios de Cristo y contribuyente mayor de las finanzas vaticanas.²

Resumen: La Iglesia católica padece una profunda crisis provocada por múltiples factores: pérdida de feligresía y de vocaciones sacerdotales, escándalos sexuales y financieros. La elección de Francisco constituye un intento de revertir estas tendencias negativas mediante una doble estrategia: descentralizar la autoridad eclesial y reorientar la actividad pastoral hacia los países pobres y marginados. ¿Logrará sus objetivos esta revolución desde arriba? O en palabras de Hans Kung, ¿Tendrá salvación la Iglesia en el siglo XXI? *Palabras clave:* Iglesia católica, crisis, pastoral, Papa Francisco.

Abstract: The Catholic Church is suffering a deep crisis caused by multiple factors: loss of membership and priestly vocations, sexual and financial scandals. Choosing Francisco is an attempt to reverse these negative trends through a dual strategy: decentralization of ecclesiastical authority and redirect the pastoral activity to the poor and marginalized countries. Will achieve this Revolution its objectives from above? Or in the words of Hans Kung, Will the church have salvation in the twenty-first century? *Key words:* Catholic church, crisis, pastoral, Pope Francisco.

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

Agradezco la colaboración de Sandra Oseguera Sotomayor.

¹ Ludwig Hertling, *Historia de la Iglesia*, Barcelona, Biblioteca Herder, 1981, p. 307.

² Hans Kung, *¿Tiene salvación la iglesia?*, Madrid, Trotta, 2011, pp. 117-120; David Yallop, *El poder y la gloria. Juan Pablo II, ¿santo o político?*, México, Planeta, 2007, pp. 656-658.

El siguiente Papa, el cardenal alemán Ratzinger, brillante teólogo e implacable inquisidor de la ortodoxia durante el largo pontificado de Juan Pablo II, llegó para ratificar arcaicas postulaciones evangélicas y eclesiásticas respecto de la sexualidad, la mujer y la familia, que se oponen frontalmente a las tendencias liberadoras e igualitarias derivadas de la revolución cultural del decenio de 1960 en Europa y América.³

Esta Iglesia del no —opuesta a los anticonceptivos, el aborto, el divorcio, las relaciones prematrimoniales y el matrimonio igualitario, por no hablar de la situación de inferioridad femenina en la estructura de la misma Iglesia— ha ido perdiendo presencia en los países europeos⁴ y, a pesar de ello, su cerrado eurocentrismo la ha llevado a chocar con los movimientos étnicos de los pueblos originarios de América Latina.

En Francia, por ejemplo, en los últimos años el número de sacerdotes diocesanos ha descendido a la mitad, a menos de 17 mil, con el agravante entre ellos de una ligera mayoría de los mayores de 70 años. Otros credos religiosos, por el contrario, crecen en número de adeptos: el Islam y el budismo. Asimismo, como parte de su difusión mundial en las últimas décadas, los evangélicos cuentan ya con 17 mil lugares de culto en las diferentes regiones francesas.⁵

En otro notorio desfase de las tendencias sociales e ideológicas actuales, Benedicto XVI afirmó que la conquista europea de América había aportado el excepcional beneficio de conocer la auténtica fe en Cristo. La respuesta de los movimientos indígenas latinoamericanos fue de claro y unánime repudio. Este tropiezo papal habrá regocijado a los pastores neo-protestantes que avanzan en toda América Latina y que, en el caso particular de las minorías originarias argentinas, sus seguidores ya son mayoría.

El retroceso de la Iglesia en Europa, insistimos, notorio en vocaciones, número de fieles e intensidad de la práctica religiosa, parece responder a un largo



proceso de secularización cultural que se profundizó con el rechazo a la reacción tradicionalista que encabezó el Papa Juan Pablo II, elegido en 1978; la contraofensiva conservadora enderezada contra las conquistas democráticas y culturales de las décadas anteriores se manifestó también en los ámbitos políticos y económicos con las elecciones de Margaret Thatcher, Ronald Reagan y Helmut Kohl, los campeones de la contrarrevolución neoliberal en los países centrales.⁶

En el Viejo Continente, la reafirmación de la tradición católica en su versión más conservadora, que privilegia una ética represiva y diluye la prédica social renovadora, ha desencadenado un alejamiento de los feligreses de tal magnitud que Benedicto XVI tuvo que proclamar a dichos países como territorios urgidos de una nueva evangelización.

Una nueva evangelización en el continente que, desde el surgimiento del Islam en el siglo XII hasta la conquista espiritual de las poblaciones americanas, e incluso hasta avanzado el siglo XX, Europa ha sido una fortaleza del cristianismo en sus distintas versiones, en particular del catolicismo.

Estamos sin duda en una época de cambio religioso a nivel mundial y en América Latina el Papa polaco inauguró su peculiar proyecto restauracionista con una sistemática purga de los adeptos a la Teología de la Liberación, en especial en la otrora poderosa Iglesia brasileña, y conminó a los sacerdotes sandinistas a regresar a su exclusiva tarea de pastores, obedientes de la jerarquía.

Esta tajante separación entre lo político y lo religioso que pretendía imponer en nuestros países no impidió a Juan Pablo II desempeñar un claro protagonismo en el proceso de desestabilización del régimen burocrá-

⁶ Josep Fontana, *op. cit.*, p. 605.

³ Josep Fontana, *Por el bien del Imperio. Una historia mundial desde 1945*, Barcelona, Pasado y Presente, 2011, pp. 397-405.

⁴ Le Monde Diplomatique, *Atlas de las religiones*, Buenos Aires, 2009, p. 122.

⁵ *Ibidem*, pp. 120 y 128.

tico-autoritario en su país de origen. Como decidido nacionalista polaco, enemigo de Moscú y del comunismo, colaboró estrechamente con la Agencia Central de Inteligencia estadounidense —la tristemente célebre CIA, por sus siglas en inglés— para canalizar por medio de la Iglesia polaca el financiamiento al Sindicato Solidaridad, del que era líder el electricista católico Lech Walesa. Para negociar los detalles de esta alianza clandestina ha trascendido que recibió en reiteradas ocasiones al jefe de la citada agencia, un ultraderechista católico, William Casey, líder de la agencia federal durante los gobiernos de Reagan, y el funcionario extranjero que más veces mantuvo audiencia privadas con el Papa polaco.⁷

Este combativo posicionamiento papal en lo dogmático y lo político fue continuado por Ratzinger, que además provocó imprudentes roces con el Islam y prolongó el veto a una posible teología indígena latinoamericana; tal posicionamiento intentaba mantener las enseñanzas tradicionales centradas férreamente en Roma a riesgo de perder predicamento y retrotraer la Iglesia a una condición de secta grande, sólidamente ortodoxa pero de hecho cada vez más reducida, más claramente romana y eurocéntrica.

El proyecto restauracionista de oposición a las resoluciones del Concilio Vaticano II contó con el apoyo del Opus Dei y los Legionarios de Cristo,⁸ es decir, del sector más conservador del catolicismo, que orientó a los dos últimos pontificados y condujo a la profunda crisis actual, lo que ha obligado al cambio de rumbo que significa la elección del Papa Francisco. Bergoglio, en virtud de su declarado estilo pastoral y el proyecto que parece dispuesto a encarar, intenta una rectificación para reposicionar a la Iglesia ante los retos y oportunidades que ofrece el mundo del siglo XXI.

⁷ David Yallop, *op. cit.*, pp. 158-160.

⁸ Daniel Artigues, *El Opus Dei en España*, París, Ruedo Ibérico, 1971; Carmen Aristegui, *Marcial Maciel, biografía de un criminal*, México, Proceso, 2002.

¿Cuáles son estos retos y oportunidades? Una lectura amplia y desprejuiciada muestra que la feligresía disminuye en Europa y América Latina, se mantiene en Estados Unidos por el aporte de los migrantes hispanos y, al contrario, crece en África y Asia; que la competencia de las iglesias evangélicas es cada día más difícil de sostener para Roma; que el personal eclesiástico está en acentuada disminución y tiene un alto promedio de edad; que la Iglesia desaprovecha la colaboración femenina y, finalmente, la urgencia de encarar la reparación de su imagen moral notablemente dañada por las denuncias de pederastia.

Esta tarea abrumadora, ¿en qué medida puede avanzar con logros tangibles, liderada por un Papa que tiene por delante unos pocos años de plena lucidez y voluntad? Es evidente que Francisco no está solo: es la cabeza de un sector de la institución que ha asumido la complejidad de la crisis y la urgencia de cambios radicales.

Resulta altamente sugestivo que el nuevo Papa sea un jesuita —la orden más numerosa y de sólida tradición intelectual, pero que nunca había logrado acceder al trono de San Pedro—y además latinoamericano. Ambas condiciones sugieren una ruptura altamente significativa, quizás el inicio del ocaso de la atrinchera burocracia vaticana, y una apertura al sur pobre del mundo, sea éste latinoamericano, africano o asiático.

El gran juego que parece proponer el Papa Francisco esboza dos frentes estratégicos: la modificación radical del gobierno de la Iglesia, una monarquía absolutista, más romana que cristiana, con su nobleza cardenalicia y sus ceremonias de fastuosidad imperial. Es pertinente recalcar que la Iglesia en la época moderna ha sido un feudo de la aristocracia italiana, en cuyo cardenato y papado han abundado los apellidos Farnesio, Medicis, Cologna, Orsini; ha sido tal su control de la centenaria institución que durante cuatro siglos y medio todos los papas fueron italianos. Es instructivo recordar además que en 1522, por imposición del emperador





Carlos I, accedió al papado el holandés Adriano VI⁹ al que los romanos descalificaban como un auténtico bárbaro. ¿Cómo reaccionaría hoy ese ídolo-centrismo discriminador ante los cada vez más numerosos sacerdotes filipinos y africanos? Pero Francisco tiene enemigos más concretamente peligrosos que los derivados de los prejuicios racistas de los romanos y de la resistencia de los privilegiados tradicionalistas. Se ha denunciado que en el Banco Vaticano tenían cuentas conocidos capos mafiosos y la limpieza que ha ordenado Francisco ha molestado a los calabreses de la Ndrangheta, la organización criminal más importante de Italia en estos años, de la que se dice que maneja negocios sucios por 40 mil millones de euros.

En conclusión, la política descentralizadora que intenta el nuevo Papa afectará intereses muy arraigados en todos los ámbitos de la vida italiana y su implementación puede resultar muy peligrosa —como comenta la prensa peninsular— aun para la vida misma de Francisco.¹⁰

El segundo gran frente de la estrategia de Francisco está orientado a lograr una Iglesia menos autorreferencial y más cercana a la gente de pie. En el mismo sentido de lograr mayor horizontalidad pastoral figuran las exhortaciones a los cardenales para que no se conduzcan como príncipes, más aún cuando pretende orientar el trabajo eclesialístico hacia el sur, en particular hacia África y Asia, continentes en los que se encuentran países de gran dinamismo demográfico y secular pobreza, en los que aumentan el número de feligreses católicos y vocaciones sacerdotales. Un reconocimiento a esta cambiante realidad en la geopolítica religiosa mundial se ratifica en la integración de la comisión asesora del Papa para instituir los cambios propuestos: está formada por dos latinoamericanos, un congoleño, un indio, un australiano, un estadounidense y sólo un italiano que funge como coordinador: una especie de premio de consuelo...¹¹

⁹ Ludwig Hertling, *op. cit.*, p. 306.

¹⁰ “Reformas financieras del Vaticano molestan a la mafia”, en periódico *El Financiero*, México, 6 de febrero de 2014; Daniel Burke y Livia Borghese, “El papa Francisco está en la mira de la mafia aseguran expertos”, en CNN México, 18 de noviembre 2003.

¹¹ “Papa Francisco crea comisión para reformar la Curia”, en *Excelsior*, México, 14 de abril de 2013.

El reclamo de Francisco de la necesidad de una Iglesia pobre responde en parte al espectacular crecimiento del cristianismo en el África subsahariana, donde se encuentran los países de mayores carencias sociales y menor desarrollo humano a nivel mundial. Pero aun en estas regiones de acelerado crecimiento demográfico, la competencia con el Islam y los evangélicos es dura y cotidiana. En otros países más lejanos de Roma y su cultura eurocéntrica, en los que el naufragio de la utopía laica del socialismo se ha consolidado y resurgen religiones ancestrales como el budismo, la penetración de las confesiones cristianas se acentúa y también su competencia. Es el caso quizás extremo de Mongolia, la patria del temible conquistador Gengis Kan cuyos descendientes terminaron de subyugar a China, tomaron la Bagdad islámica en 1258 y amenazaron a la Europa central cristiana; Mongolia fue tradicionalmente budista hasta la proclamación de la República Popular en 1924. En su capital Ulán Bator, la Iglesia ha construido una catedral recientemente atendida por sacerdotes congoleños integrantes de una orden de origen belga.¹²

Si el fracaso de los grandes proyectos laicos del siglo XX —el progresismo capitalista, el comunismo soviético, el nacionalismo tercermundista— abre caminos a la expansión de los fundamentalismos religiosos, y si además la evolución demográfica trastorna el equilibrio político entre los grandes credos, la conclusión que se infiere de estas tendencias de las últimas épocas es que el futuro de Dios se juega en Asia.¹³

En este contexto mundial, el proyecto del Papa Francisco cobra claros perfiles: proyecto de ambiciosa apertura geopolítica y transformación de la Iglesia, de orientación pastoral hacia el sur pobre y descentralización en la autoridad eclesialística. Propone asimismo una revolución conservadora, es decir, desde la cúspide monárquica del Vaticano. Ante este audaz golpe de timón, surgen varios interrogantes clave: ¿Logrará Francisco modificar el curso descendente al que parece condenar la historia a este último bastión del Antiguo

¹² “Mongolia: difícil panorama para los católicos”, Ciudad del Vaticano, Ayuda a la Iglesia Necesitada, Fundación de la Santa Sede, 23 de mayo de 2002.

¹³ *Le Monde Diplomatique*, *op. cit.*, p. 16.

Régimen europeo? ¿No bloqueará con éxito el intento reformador el peso muerto del pasado y la Iglesia seguirá su lento naufragio? ¿O se fracturará por la resistencia de los tradicionalistas y su incompatibilidad con el ala aperturista que alienta Francisco?



A lo largo de la historia la Iglesia ha sufrido profundas conmociones y desgarramientos, por ejemplo la ruptura del cristianismo oriental en el siglo XI o la rebelión protestante en el siglo XVI. No obstante, también supo engendrar o cooptar iniciativas que la han renovado y robustecido, con la creación de las grandes órdenes mendicantes en el siglo XIII: los dominicos y franciscanos y en el siglo XVI la Compañía de Jesús.

De la Iglesia se ha hecho notar su adaptabilidad a las distintas sociedades y formas de poder político a lo largo de la historia. Sin embargo, esta opinión requiere una revisión actual y, además, precisar qué funciones cumplió en cada época y a qué sectores de la sociedad tendió a representar. Una institución de tan prolongada existencia ha mostrado distintos rostros y, hoy en día, en medio de su crisis y su intento de refundación, es lícito preguntarse si logrará superarla y, en tal caso, qué renovado rostro presentará ante el siglo XXI. Es precisa una sinopsis histórica y crítica para aventurar algunas respuestas a estas interrogantes.

Es conocido que el cristianismo como credo religioso de salvación surgió como una rebelión simbólica ante una época intolerable para la gente común, de represión y explotación, guerras, deportaciones y esclavitud. En sus orígenes, esta rebelión religiosa emergió entre los más pobres del pueblo judío en una región controlada por Roma, particularmente insumisa y reprimida con severidad.

Los valores que fue creando la nueva religión constituían el reverso del sistema de valores de la arrogante y despótica aristocracia romana. Rechazaron la dura realidad que imponía el poder imperial y esperaban con ansiedad el fin de los tiempos y la llegada de la anhelada justicia en el reino celestial.

A medida que sus esperanzas apocalípticas del final de los tiempos no se concretaban y que la crisis de la civilización romana en el siglo III engrosaba sus filas

con miembros de todos los sectores sociales, el cristianismo atemperaba sus aristas impugnadoras y los obispos se inclinaban por pactar su reconocimiento por el poder imperial.

El cristianismo original —lo enfatizamos— surgió como una compensación simbólica en el más allá ante la derrota, la esclavitud y la muerte. Sería en el reino celestial donde se haría justicia y se castigaría a los déspotas y explotadores. La institucionalización del cristianismo de la elite dirigente —es decir, los obispos— a principios del siglo IV, y su conversión posterior en religión única del Estado, significó en realidad el triunfo del despotismo romano sobre las aspiraciones liberadoras y de justicia de los humildes cristianos de los primeros tiempos. En conclusión, en el imperio romano-cristiano se consumó la segunda gran derrota de los creyentes de base; la nueva estructura eclesíástica oficial profundizó entonces su identificación con la tradición política imperial de centralización y control: la Iglesia empezó así a convertirse en más romana que cristiana, alejándose claramente de sus orígenes humildes y radicales. Utilizó también el apoyo del poder civil para perseguir y eliminar a los credos rivales y acumular con el favor imperial un vasto patrimonio territorial.¹⁴

La Iglesia, ante el debilitamiento y la desaparición del poder imperial en Occidente en el siglo V, y habiendo adoptando el modelo administrativo romano, se preocupó por preservar su estructura jerárquica y disciplinar al monacato, cuidando sus propiedades rurales y su creciente poder político.

El ascenso del catolicismo como religión dominante —es muy importante señalarlo— no incidió mayormente en los procesos económicos y políticos que agobiaban a los feligreses de base y se manifestaron de modo gradual en la decadencia de las ciudades, la fragmentación del poder político y, en general, en una barbarie cultural y una acentuada ruralización de la vida mediterránea.

¹⁴ Charles Guignebert, *El cristianismo antiguo*, México, FCE, 1956.

En estos tiempos oscuros de la Alta Edad Media europea (siglos VI a X) la Iglesia prefiguró sus tendencias hacia la población, la propiedad rural y el poder político. En lo sustancial, el predominio de la agricultura en la economía, una acentuada división en clases y poderes despóticos civiles y eclesiásticos constituyeron las bases de un Antiguo Régimen que se prolongaría hasta los siglos XVIII y XIX. A esta centenaria formación social en la que la Iglesia era la mayor propietaria territorial, aportó además una justificación religiosa y el cumplimiento de servicios sociales —hospitales, universidades, estadísticas vitales, etcétera— que posteriormente asumiría el Estado moderno.

Concluimos entonces que la proclamada flexibilidad de la Iglesia para adaptarse a las diferentes sociedades históricas, en realidad, se restringió a la esfera de lo político y estatal. Puede afirmarse por tanto que la estructura básica europea —demográfica, económica, cultural y política— comenzó a modificarse drásticamente sólo a partir del impacto de la *doble revolución*: la industrial inglesa y la política en Francia. El Antiguo Régimen persistiría entonces más tiempo de lo generalmente reconocido y, con él, la coparticipación eclesiástica en el poder de las monarquías absolutistas.

De manera simultánea a la creación ampliamente sincrética del canon evangélico, en el que se funde una mínima base histórica real con abundantes aportes de otros cultos y elementos de la alta cultura helenística, los obispos de Roma desplazaron a Jerusalén como centro de la nueva religión, al menos para los cristianos de las regiones occidentales de lo que más tarde se identificaría como Europa. Esta pretensión de primacía centralista e inspiración imperial, que rompía con la descentralización igualitaria de los episcopados en el primer milenio cristiano, llevó a las sedes orientales a romper con Roma y a propiciar el llamado cristianismo ortodoxo.

A partir del siglo I, con las reformas de Gregorio VII e Inocencio III (1198-1216), el Papa ejerció una especie de monarquía absolutista que ostentaba el monopolio romano del poder y la verdad. La Iglesia de Roma proclamaba ser

cabeza, madre y maestra, autodefinición totalitaria porque el papado pasaba a ser entonces suprema autoridad, único legislador y último juez. Según esta soberbia concepción, el vicario de Dios en la tierra poseía una autoridad por encima del emperador germano y los reyes laicos de toda Europa.¹⁵

Los papas mencionados definen una Iglesia en el momento culminante de su poder, aunque su autoridad real después del siglo XIII se vio disminuida por las reyertas faccionales y el avance de los estados monárquicos laicos, pero ciertas características tendrían larga vida: el antijudaísmo, la imposición del celibato eclesiástico y la subordinación directa al papado de las nacientes órdenes mendicantes de dominicos y franciscanos. También es producto de estos siglos medievales la teoría político-religiosa que dividía a la sociedad feudal en tres estamentos: el primero, el eclesiástico, en cuanto intercesor entre los hombres y Dios, dadores de la gracia divina; el segundo estamento, la nobleza terrateniente y guerrera, encargada de la defensa militar de la sociedad; y finalmente el tercero, sin los privilegios de los primeros dos estamentos, el grueso de la población subordinada responsable del trabajo y el mantenimiento material de toda la sociedad. Es pertinente recordar que esta concepción sociopolítica perduró hasta el estallido de la Revolución francesa a finales del siglo XVIII, que de manera conjunta con la contemporánea Revolución industrial inglesa comenzaría a socavar los fundamentos ideológicos, políticos y económicos del antiguo régimen en Europa.

Esta doble revolución de finales del siglo XVIII, el avance de las ideas liberales y las nuevas fuerzas sociales contribuyeron a la formación de los Estados-naciones contemporáneos —Alemania, Italia— que bregan con éxito con la Iglesia en los ámbitos culturales y territoriales.

La Iglesia se atrincheró entonces en sus dogmas y certezas propias del Antiguo Régimen: denigraba la razón, desconfiaba de la idea de progreso y, al calor de la restauración monárquica posterior a 1815, comienza a llamar a sus cardenales “Príncipes de la Iglesia”. En



¹⁵ Hans Kung, *op. cit.*, pp. 69-74.

1864, el Papa Pío IX publica el famoso *Syllabus*, una reafirmación contundentemente tradicionalista y de firme condena a la cultura moderna, la sociedad burguesa y el capitalismo que estaban transformando a Europa y al resto del mundo.¹⁶

Pese a ello, las aristocracias del Antiguo Régimen en decadencia, su infraestructura rural y su cultura elitista que todavía permeaban el imaginario de buena parte de la población y la burguesía ascendente perderán entonces sus posiciones en el ejército, la diplomacia y la máxima autoridad estatal con el derrumbe de los imperios alemán, austro-húngaro, ruso y otomano al concluir la Gran Guerra de 1914-1918.

Como lo ha demostrado brillantemente el historiador alemán Arno Mayer, las corrientes historiográficas progresistas en su estudio sobre el siglo XIX han enfatizado de modo abusivo las transformaciones derivadas de la doble revolución y disminuido su atención sobre el peso de las persistencias del Antiguo Régimen, sobre el peso muerto de ideas, costumbres e instituciones heredadas de las largas centurias de desintegración del feudalismo y sus formas políticas aristocráticas y monárquicas.¹⁷

Si las aristocracias del Antiguo Régimen controlaban el Estado e imponían sus valores a los sectores dirigentes en los principales países europeos hasta 1914 (nótese que al estallar el conflicto entre las grandes potencias sólo Francia era una república parlamentaria), no puede sorprender que la Iglesia, reaccionando ante el exabrupto extremo del *Syllabus*, intenta un modesto acercamiento a la “candente” cuestión social y da pasos para crear una alternativa católica al “peligro socialista”.

Concluida la guerra ante el descalabro de los imperios, la irrupción política de las masas y la realidad de la revolución socialista, se inaugura una nueva situación mundial.

Surgen en la posguerra dos tipos de sociedad, producto de las revoluciones liberal y socialista y, si bien



ostentan encontradas estructuras de poder y objetivos civilizatorios, ambas muestran el talante democrático que surge del hundimiento de los restos del Antiguo Régimen. En Estados Unidos, país hijo del pensamiento ilustrado, se ensaya por primera vez la sociedad de consumo de masas propia del capitalismo avanzado; a su vez, en la naciente Unión Soviética, se justifica el poder por la alianza de obreros y campesinos y se emprende la descristianización, la educación masiva, la colectivización agraria y la industrialización compulsiva.

Se inaugura entonces el siglo XX, el siglo de la gente común, que confía en dos utopías precursoras: la del consumo de masas y la democracia liberal, por una parte, y la de la dictadura revolucionaria y el socialismo, por otra. Henry Ford y Vladimir Ilich-Lenin en la posguerra abren las puertas al futuro.¹⁸

La Iglesia católica, con reticencias al modelo fordista y profundo rechazo a la experiencia bolchevique, se ve sin embargo envuelta en otro proceso de masas propio del siglo XX: el surgimiento de la contrarrevolución fascista, de aquellos revolucionarios de la derecha que superan los estrechos conciliábulos liberales mediante la invocación demagógica a las masas y el ejercicio sistemático de la violencia.

Esta reacción preventiva en defensa del *status quo* ante la posibilidad de la revolución, que se declara enemiga de la tradición ilustrada y del liberalismo, no podía menos que agrandar a la Iglesia, que negocia en 1929 con Benito Mussolini la solución del histórico pleito con el gobierno italiano y se crea el Estado de la Ciudad del Vaticano. Esta negociación satisface a los católicos en general y el Papa Pío XI llega a sostener que el Duce

¹⁶ Robert Hughes, *Roma. Una historia cultural*, Barcelona, Crítica, 2011, pp. 433-434.

¹⁷ Arno Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1994.

¹⁸ Michel Howard y W. Roger Louis (eds.), *Historia Oxford del siglo XX*, Barcelona, Planeta, 1999.

“es el hombre de la Providencia”, es decir, el líder para los italianos querido por Dios.¹⁹

En 1930, la feligresía católica se concentraba en Europa y América, aunque en diferentes densidades y grados de predominio. Su penetración en los restantes continentes era todavía incipiente y la prédica católica resultaba inescindible del colonialismo europeo.

Los años que van de la citada fecha a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, época de crisis económica, polarización política y guerra generalizada, enfrentaron en la Iglesia con dramáticos desafíos. Países católicos como Italia, Austria, Hungría, Polonia, Portugal y España demostraban con sus gobiernos derechistas y autoritarios el retroceso del liberalismo político y económico, denostado desde el siglo XVIII por la Iglesia.²⁰ El factor más destabilizador de la crisis europea resultó ser el ascenso al poder de Adolfo Hitler en 1933 en Alemania, país clave sometido a la prédica racista y expansiva del nazismo, en el que la mitad de la población profesaba la fe católica.

Si se consideran la preservación del *status quo* que practicaban las dictaduras de los países católicos y el hecho de que sus adversarios fueran potencias que preservaban el liberalismo (países además con fuerte influencia de las izquierdas laicas o las confesiones protestantes), la jerarquía romana apostó por el triunfo en la guerra del eje Berlín-Roma y sus aliados en territorios católicos.²¹

Ese ensayo general de lo que sería la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Civil Española, enfrentó las huestes del pasado con las fuerzas democráticas y socialistas, las huestes que encarnaban el peso de la persistencia histórica y las fuerzas que representaban las rupturas progresistas. En España, que por su atraso histórico seguía en la estela del Antiguo Régimen, de una sociedad agraria y aristocrática, el último bastión del Antiguo Régimen, la Iglesia católica, tenía un peso decisivo en la vida social y la educación.²²

¹⁹ Denis Mack Smith, *Mussolini*, México, FCE, 1989, p. 237; Donald Sasson, *Mussolini y el ascenso del fascismo*, Barcelona, Crítica, 2008, p. 158.

²⁰ Hans Kung, *op. cit.*, p. 98.

²¹ Hans Kung, *op. cit.*, pp. 111-112; David Yallop, *El nombre de Dios*, México, Diana, 1984, pp. 105-106.

²² Max Gallo, *Historia de la España franquista*, París, Ruedo Ibérico, 1971, pp. 23-24.

Este peso opresivo de la Iglesia en la vida española provocó un rechazo exacerbado en algunos sectores avanzados, con la matanza de sacerdotes y la quema de conventos. En España, avanzado ya el siglo XX, se reproducían las características de la etapa jacobina de la Revolución francesa de finales del siglo XVIII.

Es conocido además que durante la guerra civil (1936-1939), el clero tuvo sus disidentes: los sacerdotes vascos que se opusieron con las armas al ejército franquista en defensa de la autonomía de Euskadi. No obstante, el triunfo de la reacción contra las innovaciones de la República, que capitalizó Francisco Franco, contó con el apoyo del ejército y la Falange, la aristocracia latifundista y la Iglesia católica, que aceptaron al general golpista como “caudillo de España por la gracia de Dios”.

Benito Mussolini, “hombre de la Providencia”, y Francisco Franco, “hombre tocado por la gracia divina”, demuestran la elección profunda de la Iglesia por el mantenimiento de los restos del Antiguo Régimen por los medios que fueran. Una monarquía absolutista fundada en dogmas religiosos no podía reaccionar de otra manera en el siglo del hombre común, la revolución socialista y la sociedad de masas fordista. La persistencia del Antiguo Régimen se aferraba al control del Vaticano por la añeja aristocracia italiana, con sus cardenales-príncipes y la base de la feligresía agrupada en pueblos rurales con su antigua parroquia y la figura paternal del sacerdote.

La idealización del pasado medieval, en la que la Iglesia imperaba sobre una sociedad jerárquica, estamental y autoritaria, sería evocada en la España franquista como un horizonte deseable, una “nueva Edad Media”, superando el individualismo anglosajón y el colectivismo soviético, como la tercera vía.²³

En estos años oscuros, Marcial Maciel crea los Legionarios de Cristo, y el Opus Dei de Escrivá de Balaguer se hace cargo de la enseñanza en España de la triunfante “cruzada nacional”. Estas nuevas organizaciones se dan por objetivos la educación de las elites en el integrismo católico y el reforzamiento de su poder financiero, compitiendo en el logro de estos objetivos con la centenaria Compañía de Jesús.

²³ Cristian Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, pp. 247-248.



Esta inclinación por un conservadurismo autoritario se observa en la recepción entusiasta de la Liga por la Libertad Religiosa, la organización de superficie del movimiento cristero mexicano, que en 1929 al celebrar los tratados de Letrán envía un telegrama de felicitación al “egregio estadista” Benito Mussolini.²⁴

La proclamada identificación con el Duce de la Iglesia católica era moneda corriente entre la intelectualidad derechista latinoamericana de aquellos años. José de la Riva Agüero, marqués de Monte Alegre de Aulestia, que proclamaba con orgullo de casta descender de conquistadores y encomenderos, desechaba con desdén “los lugares comunes liberales” y hacía la apología de la guerra “que engendra un superior ordenamiento”. En la Pontificia Universidad Católica del Perú ensalzaba como paradigmático el virreinato del siglo XVII y proclamaba su fervorosa adhesión a la “radiante revolución fascista”, que —según sus palabras— resultaba “la contrarrevolución anhelada”.²⁵

Esta intelectualidad conservadora y autoritaria se encontraba dentro y en la periferia de la Iglesia —como se manifestó con contundente claridad durante los años de la Guerra Civil española— y junto con los falangistas ibéricos soñaba con la contrarrevolución “del retorno y el destino” —según la prosa marcial de un nacionalista argentino— que lo llevaría a concretar una utopía del regreso, a una versión remozada del Antiguo Régimen que se negaba a morir y sólo sobreviviría penosamente después de 1945 en la dictadura nacional católica de Francisco Franco.²⁶

En los años de la posguerra, la Iglesia se alineó con el liderazgo de Washington en la defensa del “mundo occidental y cristiano”, en oposición al bloque soviético liderado por José Stalin. Aunque tampoco el cuerpo eclesiástico era monolítico, como en los años de la guerra; en realidad, se adaptaba a las exigencias de los diferentes estados en conflicto; por ejemplo, hubo capellanes católicos que acompañaban a las tropas nazis que inva-

dieron a la Unión Soviética en 1941 y también los hubo entre las fuerzas aliadas que desembarcaron en Normandía en 1944.

En las décadas posteriores a 1945 se profundizó en Europa occidental y en Estados Unidos, y en menor escala en los

países mayores de América Latina, una sociedad crecientemente urbanizada e industrializada, con buenos salarios y servicios públicos. El Estado interventor en la economía y benefactor en lo social facilitó una excepcional expansión económica, que fue construyendo una sociedad de consumo de masas a la estadounidense, con amplia incorporación de la mujer al mundo laboral y una creciente liberalización de las costumbres, facilitada por la ampliación del parque automotor y la píldora anticonceptiva.

En los diferentes países del mundo capitalista se fue disolviendo definitivamente la sociedad rural y aldeana, la base espacial, demográfica y religiosa de lo que restaba del Antiguo Régimen en Europa, y el predicamento del párroco católico se fue diluyendo. Este proceso histórico revolucionario de paso definitivo de las aldeas a las ciudades, de la agricultura a la industria y los servicios, provocó en el decenio de 1960 una auténtica revolución cultural. Feminismo y ecologismo, cultura juvenil y liberación sexual, aumento del número de estudiantes y profesores en las universidades laicas y estatales, presionaron a los sectores más abiertos de la Iglesia para exigir un *aggiornamento* en diálogo con las inéditas e impactantes transformaciones que se vivían. Fue el Papa Juan XXIII quien dio el paso histórico de convocar al Concilio Vaticano II, pero simultáneamente con esta obligada apertura crecían en la Iglesia los defensores de la tradición elitista y autoritaria, de los restos simbólicos del Antiguo Régimen como los Legionarios mexicanos, el español Opus Dei y el italiano Comunión y Liberación. Se resistían a librarse del peso muerto de los siglos pretéritos, en la expresión del prestigiado teólogo suizo Hans Küng, a abandonar definitivamente la Edad Media. Las resistencias tradicionalistas a instalarse plenamente en el siglo XXI llevan al pensador suizo a titular uno de sus últimos libros con la acuciante dramática pregunta: *¿Tendrá salvación la Iglesia?*²⁷

²⁴ Jean Meyer, *La Cristiada. El conflicto entre la Iglesia y el Estado*, t. II, 4ª ed. corregida, México, Siglo XXI, 1976, p. 67.

²⁵ Carlos Mariano Tur Donatti, *La utopía del regreso. La cultura del nacionalismo hispanista en América Latina*, México, INAH, 2006, p. 56.

²⁶ *Ibidem*, pp. 76-77.

²⁷ Hans Küng, *op. cit.*